

Frases que racializan, excluyen y minimizan al sujeto en el lenguaje cotidiano de un grupo de jóvenes de Bogotá *

**Phrases that racialize, exclude and minimize subject in the everyday
language of a group of young people from Bogotá**

Oscar Julián Cuesta M.**

Alberto Gómez Melo***

Resumen

Esta investigación identificó las frases usadas por un grupo de jóvenes universitarios, que reproducen y naturalizan la colonialidad del poder, del saber y del ser. Para ello, con la ayuda de estudiantes de una universidad privada de Bogotá, se recopilaron frases que ellos expresan o escuchan en la vida cotidiana y que reproducen estereotipos que clasifican, excluyen o inferiorizan a otras personas. Posteriormente, con otros estudiantes de la misma institución, se efectuaron grupos de discusión donde se identificaron los significados de esas frases y las intenciones y contextos donde se enuncian. En los resultados, se clasificaron un conjunto de frases de uso cotidiano que estigmatizan y jerarquizan por edad, saber y raza, entre otras categorías. Esas frases manifiestan de manera verbal los modos como se excluye y minimiza a otros sujetos, naturalizando parámetros culturales que establecen un sentido común del que pocas veces son conscientes los hablantes y oyentes, especialmente sobre las implicaciones que tienen estas expresiones. El artículo concluye que existen construcciones discursivas que incorporan en los sujetos parámetros de significados heredados de la modernidad, que terminan excluyendo a sectores de la

* Este artículo es resultado de la primera etapa de la investigación “Lenguaje cotidiano y configuración de subjetividad”, desarrollada por el grupo Comunicación, cultura y tecnología, de la Fundación Universitaria Los Libertadores.

** Comunicador social, especialista en docencia universitaria y magíster en educación. Profesor del Programa de Comunicación Social-Periodismo de la Fundación Universitaria Los Libertadores. Correo electrónico: oscarcuesta@colombia.com

*** Profesional en literatura y especialista en pedagogía. Estudiante de maestría en educación. Profesor del Programa de Comunicación Social-Periodismo de la Fundación Universitaria Los Libertadores. Correo electrónico: alberto.gomezm@gmail.com

Recibido: 17 de enero de 2014 **Aprobado:** 18 de febrero de 2014

humanidad y minimizando el potencial del sujeto. Se hace una invitación para descolonizar el lenguaje con el propósito de alimentar la construcción de otras relaciones interpersonales que permitan el reconocimiento de la diferencia como potencial para construir un mundo que celebre la diversidad.

Palabras clave: lenguaje cotidiano de los jóvenes, estereotipos y exclusión, descolonización del lenguaje.

Abstract

This study identified the phrases used by a group of university students who reproduce and naturalize the coloniality of power, knowledge and being. To this end, a group of students from a private university in Bogotá helped gathering phrases they express or hear in everyday life which reproduce stereotypes that classify, exclude or inferiorize other people. Subsequently, other students from the same institution participated in discussion groups where we identified the meanings of these phrases and their intentions according to the contexts in which they are uttered. The results show a set of everyday phrases that stigmatize by age, knowledge and race, among other categories. These phrases express the way other subjects are verbally excluded and minimized by naturalizing cultural parameters that establish a common sense of which speakers and listeners are rarely aware, ignoring the implications of these expressions. The article concludes that there are discursive constructions that incorporate meanings inherited from modernity that end up excluding segments of humanity and minimizing the potential of subjects. It is an invitation to decolonize language and to encourage the construction of other interpersonal relationships to allow recognizing differences as a potential way to build a world that celebrates diversity.

Keywords: Youth everyday language, stereotypes and exclusion, language decolonization.

Sumario: 1. Introducción, 2. De la modernidad a la transmodernidad, 2.1 La colonialidad del poder, 2.2 La colonialidad del saber, 2.3 La colonialidad del ser, 3. Metodología, 4. Resultados y discusión, 4.1 Frases que manifiestan la colonialidad del ser, 4.2. Frases que manifiestan la

colonialidad del saber, 4.3 Construcciones que presentan significados que incorporan la colonialidad del poder, 5. Conclusiones y 6. Referencias bibliográficas.

1. Introducción

Como proyecto europeo, la modernidad encierra varios mitos que desde hace décadas vienen siendo cuestionados por los pensadores latinoamericanos. El propósito de desenmascarar la modernidad no es simplemente una iniciativa crítica desde la periferia intelectual, sino que acarrea un compromiso político intrínseco: la necesidad de construir un mundo de varios futuros posibles, no uno prefigurado por el deseo capitalista occidental (Zemelman, 2011).

El presente escrito sigue la línea de los pensadores que critican la modernidad y proponen superar sus falencias, es decir, se adhiere a ese compromiso político. En esta ocasión, se pretende observar cómo el discurso cotidiano de un grupo de jóvenes universitarios de la ciudad de Bogotá incorpora, en su discurso sobre los sujetos *otros*, parámetros de significados que naturalizan algunas lógicas de poder propias de la modernidad, jerarquizando lo social y produciendo exclusiones sin ser plenamente conscientes de ello.

Se pone a consideración de los lectores un ejercicio en el que se proponen tres categorías que describen la intencionalidad colonialista del discurso. Se toma como referente una serie de frases que por cotidianas terminan haciendo parte del acervo cultural, aunque su origen y sentido deviene de prejuicios que, en el caso colombiano, esconden problemas de exclusión asociados en algunos casos con regionalismos, y en otros con condiciones de segregación cultural.

Así, se propone analizar frases de la vida cotidiana¹ enunciadas por estudiantes universitarios de una institución privada de Bogotá desde la colonialidad del poder, del saber y del ser. En ese orden de ideas, el artículo toma como matriz de análisis estas tres categorías presentes en

¹ Se señala el aspecto de la vida cotidiana porque la investigación parte de reconocer que la vida cotidiana, lo que ocurre en el diario acontecer de los sujetos, es el reflejo de la historia (Heller, 1985).

los trabajos de pensadores que critican la modernidad no desde la crisis de los metarrelatos (Lyotard, 1987), sino a partir de reconocer la cara oculta de ésta y sin la cual no hubiera sido posible dicho proyecto europeo: la colonialidad. Desde ese punto de vista, el trabajo se presenta novedoso, pero, asimismo, con la potencialidad de un mayor desarrollo en futuros trabajos. En el apartado a continuación se exponen las nociones de las categorías que guiaron la perspectiva de análisis.

2. De la modernidad a la transmodernidad

A grandes rasgos, la modernidad es entendida por la intelectualidad europea occidental como una etapa evolutiva del pensamiento que se basa en la razón. Tradicionalmente, se ubica como una consecuencia articulada, entre otras cosas, del Renacimiento, la reforma protestante, las revoluciones burguesas liberales, la ilustración y la eclosión del capitalismo. Como se ve, esta idea de la modernidad responde a una supuesta linealidad de la historia, donde una etapa es la superación progresiva de la anterior.

Vista con benevolencia, la modernidad significa “renovación del pensamiento”, “consolidación y confianza en el método científico”, “institucionalización de la democracia y de los derechos universales” y, especialmente, “libertad”. Sin embargo, esas formas modernas tienen una faceta menos loable y sí más censurable: la colonialidad.

Para entender esta colonialidad, es pertinente recuperar los mitos de la modernidad propuestos por Dussel (1992). El primero de ellos es el eurocentrismo: Europa, y por extensión la forma de vida occidental, se considera a sí mismo superior; enuncia que su cultura es el cenit de la civilización, es decir, que sus formas de ver y vivir el mundo son excelsas y mejores. Esto se ve, entre otros, en Hegel (1989) y su idea de Europa como principio y fin de la historia, que autores como Fukuyama (1994) extendieron a Estados Unidos (este país como extensión adelantada de Europa moderna).

De ese eurocentrismo se desprende un segundo mito: la falacia desarrollista. Dado que el proyecto europeo es el mejor y los otros pueblos son, consecuentemente, inferiores, estos deben seguir el camino europeo,

atender sus lecciones, consejos e, incluso, llamados de atención, con lo cual se desconocen otras posibilidades de ser y vivir, en fin, de forjar otros futuros posibles.

La falacia desarrollista tiene sus críticas vigentes en los proyectos de desarrollo de los países latinoamericanos; proyectos que justifican la destrucción del ambiente y la deshonra del trabajo flexible por el hecho de incrementar los índices de producción.

En efecto, para Dussel (1992), el eurocentrismo, la falacia desarrollista y la supuesta modernidad centrada en la razón, encubren una gran irracionalidad: la violencia que discrimina y oculta al otro, al diferente. Esta violencia, desde el punto de vista de “los modernos”, se justifica con el objetivo de atraer a los *pueblos pobres* a la civilización.

Hoy día, esta violencia se ejerce de manera soterrada: se expone, por ejemplo, en los comerciales de televisión donde lo afro, lo indígena y lo mestizo no tienen representación alguna. También se manifiesta en el habla cotidiana, cuando se producen burlas sobre “el” o “lo” campesino, en tanto los hablantes se refieren a un mal empleo del idioma o quieren decir que alguien es ignorante; así mismo, se presenta cuando se emplean de modo no muy consciente frases como “trabajo como negro” o “no sea indio”, que en todos los casos son referencias absolutamente inexactas, debido a que en el primer caso, nadie vive hoy día como los esclavos en el pasado colonial y porque es un prejuicio negativo invocar lo indígena como un rasgo de malignidad de los sujetos, o en otros casos, cuando se producen condicionamientos patriarcales, como la frase habitual entre hombres “no sea niña”.

El mito de la modernidad, que oculta su violencia irracional, no es capaz de ver al otro como otro, es decir, de establecer relaciones simétricas que permitan la eclosión de comunidades de sentido basadas en el reconocimiento de la diferencia. Por el contrario, la tendencia es a ejercer imposiciones sobre el otro (colonialidad del poder), a desconocer sus otras formas de producir conocimiento (colonialidad del saber) y de ver y vivir el mundo (colonialidad del ser).

2.1 La colonialidad del poder

La colonialidad del poder hace referencia, entre otras cosas, a la estructura de poder que se instauró en la colonialidad y que hoy sigue determinando las relaciones sociales de nuestros países. Dicha estructura se arraiga en una serie de discriminaciones, como la raza, el género, la edad o el idioma.

El término de colonialidad del poder fue acuñado por Quijano (2000), quien observó especialmente las discriminaciones de corte racial. Este autor hace importante hincapié en el papel de las clasificaciones raciales en la dinámica del trabajo del capitalismo. Dado que este artículo pretende observar cómo el discurso cotidiano incorpora en los sujetos significados heredados a manera de parámetros que configuran realidades que excluyen, es muy importante tener en cuenta las exclusiones étnicas que determinan las relaciones sociales y, por extensión, las dinámicas del poder en nuestro continente.

Para ser más exactos, seguiremos esta conceptualización de Restrepo y Rojas, quienes afirman que “la colonialidad del poder es entendida como un patrón de poder global de relaciones de dominación/explotación/confrontación en torno al trabajo, la naturaleza, el sexo, la subjetividad y la autoridad” (2010: 131).

2.2 La colonialidad del saber

Como lo muestran los trabajos sobre la colonialidad del poder, las relaciones sociales producto de la modernidad/colonialidad están basadas en una supuesta jerarquización, donde unos son superiores y otros inferiores. Esta lógica se extiende a la forma de producir y socializar el conocimiento, es decir, la colonialidad del saber (Lander, 2000) hace referencia a la dimensión epistémica de la colonialidad.

Así es como “se refiere al efecto de subalternización, folclorización o invisibilización de una multiplicidad de conocimientos que no responden a las modalidades de producción de ‘conocimiento occidental’ asociadas a la ciencia convencional y al discurso experto” (Restrepo y Rojas, 2010: 136).

Es imprescindible reconocer que las formas de producir conocimiento de ese “otro” encubierto en la modernidad son desconocidas desde el

principio. No se escuchan sus conocimientos y las formas para construirlos, pues el único camino para el saber es el sendero del método científico. Sin embargo, hoy esa colonialidad no se limita a desconocer los otros saberes, sino a usurparlos, tal es el caso de varias plantas medicinales usadas por los médicos indígenas que hoy han sido patentadas por gigantes de la industria farmacéutica.

2.3 La colonialidad del ser

Si la colonialidad del saber es la dimensión epistemológica de la colonialidad, la colonialidad del ser es la dimensión ontológica, es decir, “la experiencia vivida del sistema mundo moderno/colonial en el que se inferioriza deshumanizando total o parcialmente a determinadas poblaciones, apareciendo otras como la expresión misma de la humanidad” (Restrepo y Rojas, 2010: 156).

La colonialidad del ser es una dimensión trabajada por Maldonado-Torres (2007), que refiere, principalmente, a los efectos de la colonialidad en la experiencia vivida de los inferiorizados, subalternizados, en la colonialidad. Del mismo modo, observa la experiencia vivida de los que se dicen superiores, de los que se formulan como estereotipos de la humanidad. Así, la colonialidad del ser reconoce que para que exista la realidad ontológica del esclavo es necesaria la realidad ontológica del amo.

Este artículo, sin ser pretencioso, procura observar esta experiencia vivida por sujetos inmersos en una dinámica ambigua, pues en tanto son configurados como periféricos, subalternos, “sudacas”, desde la perspectiva de los paneuropeos, al mismo tiempo inferiorizan, clasifican y racializan a sus compatriotas con prácticas (y en este caso por frases) en la vida cotidiana.

Si bien algunos de ellos sufren por “blanquear” su ser, esto es, adoptar fielmente el estereotipo esperado por la modernidad contemporánea, hay otros que se preocupan por celebrar la diferencia, por enaltecer las raíces, en fin, por reivindicar su ser étnico. Esto es precisamente a lo que llamaremos transmodernidad: la tendencia a superar la violencia de la modernidad a partir del reconocimiento del otro en una relación simétrica de diálogo que permita la construcción conjunta (Dussel, 1992).

Después de presentar este marco de referencia que marca la perspectiva del escrito, es necesario reiterar que tomar esta posición implica una decisión política frente a los modelos impuestos por la modernidad. En ese orden de ideas, no se pretende desconocer el “ser moderno” que somos, sino reivindicar eso que “nuestro ser moderno latinoamericano” subalterniza e inferioriza en la cotidianidad. Para ser más específicos, se trata de hacer un llamado a transformar ese sistema-mundo europeo/euro-americano, moderno/colonial, capitalista/patriarcal (Grosfoguel, 2008), que también es adultocéntrico y, si se quiere, “maestrocéntrico” en la escuela.

Desde esa perspectiva ética, se propone empezar a descolonizar el lenguaje como una apuesta por ser más conscientes de los significados profundos de algunas de las frases que son empleadas para señalar y denominar a otros y que por el hecho de convertirse en lugares comunes no suelen ser problematizadas.

3. Metodología

Para este estudio se establecieron dos fases de indagación. En la primera se seleccionaron treinta estudiantes de ambos sexos del programa de Comunicación Social-Periodismo de la Fundación Universitaria Los Libertadores, en Bogotá. La población seleccionada está entre los 18 y 22 años de edad. Su nivel socioeconómico es medio y la institución donde estudian es de carácter privado. A ellos se les pidió que registraran en un formato las frases que, a su juicio, excluyen o inferiorizan a las personas. En ese formato, se les pidió determinar si empleaban dichas frases en la vida cotidiana, si las habían escuchado de alguien o si se presentaban las dos variables al mismo tiempo. No se exigió consignar el nombre en el formato, para evitar la inhibición ante posibles señalamientos posteriores.

En la segunda fase, se seleccionaron veinticuatro estudiantes (doce hombres y doce mujeres) diferentes a los participantes en la primera etapa, pero con las mismas características señaladas. Con ellos se realizaron cuatro grupos de discusión, dos de hombres y dos de mujeres. Se separaron de esta manera para que no se cohibieran de hablar sobre las frases que inferiorizan por razones de género. Cada moderador fijó la atención de

los participantes en las frases recopiladas en la fase anterior y estimuló la discusión con el propósito de identificar los significados de esas frases, las intenciones y los contextos donde se enuncian, y acrecentar la conciencia colectiva sobre los prejuicios que entrañan.

En un tercer momento se analizaron las frases según el objeto o referente de la enunciación, la intención de acuerdo a los contextos en los que se producen esos enunciados y, con el apoyo de la información de los grupos focales, se establecieron las connotaciones circunstanciales de emisión. Finalmente, se interpretaron las connotaciones implícitas y se pusieron en relación con las categorías expuestas en la primera parte del artículo, es decir, las tres formas de la colonialidad. De allí surgen los resultados que se presentan a continuación.

4. Resultados y discusión

A continuación se presentan las frases compiladas tras la aplicación de la metodología diseñada. Así, en una primera parte se muestran las frases que manifiestan la colonialidad del ser, esto es, que excluyen por condición étnica, social, de género, de edad, entre otras. En un segundo momento se presentan las construcciones discursivas que manifiestan la colonialidad del saber, es decir, que encubren ciertas formas de producir el conocimiento y deslegitiman otras. Finalmente, se presentan las construcciones que presentan significados que incorporan la colonialidad del poder, como los discursos que jerarquizan o que inmovilizan al sujeto (le restan su potencia). Es importante aclarar que la matriz de la colonialidad se entrelaza de manera dinámica, de modo que hay frases que pueden mostrar, al mismo tiempo, la colonialidad del ser, del poder y del saber.

4.1. Frases que manifiestan la colonialidad del ser, esto es que excluyen por condición étnica, social, de género, de edad, entre otras

Entre las frases más comunes se encuentran aquellas que tienden a discriminar a la mujer, bien sea porque se dirigen a señalar su supuesta inferioridad intelectual o porque se concentran en limitar su rol social a ser un objeto de placer y reproductor, lo que está íntimamente ligado a un

patriarcalismo occidental capitalista latente que se relaciona con epistemes judeocristianas (Grosfoguel, 2008).

“Las mujeres bonitas son brutas”. Clasificación de belleza que hoy tiene un estereotipo reforzado por la dinámica de la industria del entretenimiento.

“Tenía que ser mujer”. Generalmente se pronuncia cuando una conductora comete un error, por ejemplo. Expresa un supuesto naturalizado de que las mujeres son malas al volante y luego, por extensión, supone desventaja frente al hombre respecto a la situación de la que se trate. Kant, por ejemplo, hablaba de la mujer como un ser que estaba en minoría de edad, lo que implicaba, entre otras cosas, que no tenía capacidad de decisión.

Otra manera de abusar de la condición femenina tiene que ver con los modos de discriminar los comportamientos débiles o indeseados de los hombres. En este caso, la referencia a lo femenino es considerada, en la mayoría de las ocasiones, como un insulto. Por ejemplo, los estudiantes señalan que, en sus conversaciones cotidianas con otros hombres, determinadas expresiones sirven para retar e imponerse sobre la condición del otro. Tal es el caso de las siguientes frases:

“No sea niña” o “No sea nena”. Frases que connotan el ser cobarde o débil. De nuevo, responden al ser patriarcal que ve debilidad en la mujer, y en el hombre incapacidad de demostrarse débil.

“Los hombres no lloran”. Esta expresión marca una construcción cultural del hombre como persona fuerte y lejana a los sentimientos; responde al ser patriarcal propio de la modernidad.

Esta matriz que predesigna roles sociales no solo es configurada por el hombre en sus discursos cotidianos, sino que también es alimentada de manera inconsciente por la misma mujer. Tal es el caso de la siguiente frase, que establece unas identidades que no se discuten, y, en cambio, se arraigan en el imaginario cotidiano, sobre todo en las celebraciones familiares.

“Azul para los niños, rosado para las niñas”. Un supuesto cromático naturalizado que impulsa las preguntas ¿cuándo se establecieron esos colores por género? ¿Qué consecuencia tiene el transgredir este supuesto?

En otras ocasiones, el rasgo de debilidad se traslada a una jerarquía de edad, donde se inferioriza la condición infantil. Esto responde a que el mundo capitalista occidental es adultocéntrico (Grosfoguel, 2008).

“Parece niño”. Empleada cuando alguien se queja o no quiere aceptar un reto; la frase muestra al niño como un ser pusilánime, supeditado al adultocentrismo.

Otros modos de manifestar la colonialidad del ser los encontramos en las frases que racializan la condición humana acentuando la diferencia como algo indeseado. Estas frases son las de mayor contenido colonialista, por cuanto manifiestan prácticas naturalizadas que ponen a un grupo humano por encima de otros, como es el caso de la categoría raza (Quijano, 2000).

A continuación se presenta una compilación de frases que tienen explícita esta noción de raza que colocó, mediante el discurso, a los afrodescendientes e indígenas en condición subalterna a la mirada del europeo, pues el ser deseado para el mundo occidental capitalista es el blanco anglosajón. Los estudiantes utilizan estas frases para reivindicar el supuesto de superioridad blanca pero ignoran el origen real de las expresiones y su carácter violento, en cuanto niega la otredad y establece un único ser deseable (Maldonado-Torres, 2007).

“Trabajar como negro para vivir como blanco”. Muestra la herencia simbólica de la esclavitud y la jerarquización que permitió el nacimiento del capitalismo moderno (Quijano, 2000); establece, a veces como eufemismo, a veces como hipérbole, una diferencia jerárquica y un sentir ambiguo capaz de ir de la enunciación del esfuerzo realizado a la satisfacción alcanzada, ya sea de una vida opulenta, o de una victoria porque se logra sobrevivir. Esta frase permite ver claramente la intrínseca relación entre los diferentes tipos de colonialidad, pero sobre todo el modo como se naturaliza en el discurso una condición histórica sufrida por los pueblos esclavizados y que en tono jocoso tiende a ser utilizada por los trabajadores y la clase media para adornar las conversaciones con respuestas fáticas que son eufemismos muchas veces sobre su condición laboral.

“Baila como negro” o “se mueve como negro”. Frases que hacen referencia, entre otras cosas, a la idea de que los afrodescendientes tienen cualidades naturales para el baile, es decir, para algo referente a la

motricidad, no para el intelecto; esto implica seguir inferiorizando, pues en la modernidad se establece el supuesto de que prevalece la razón y la labor cognitiva sobre lo corporal.

“Merienda de negros”. Frase decididamente clasista que fue empleada en el pasado para referirse despectivamente al modo como comían los esclavos que, como se sabe, se veían obligados a hacerlo con la mano, pues no disponían de cubiertos, y en cualquier sitio, opuesto a la cena en la mesa de los amos y amas españoles. Desde la Colonia, la frase se emplea como sinónimo de confusión, desorden, algarabía. Así, lo blanco es orden, palabra que está en muchos escudos de los países de América Latina, muchas veces acompañadas por la de progreso. Recientemente, un concejal bogotano cometió la “imprudencia” de emplear la frase para referirse al despilfarro de dineros del erario público.

“Mucho indio”. Se refiere a lo tosco, brusco o “inculto”. Es una frase usada generalmente por las estudiantes, y es su forma de discriminar la fuerza bruta del hombre y su imposición mediante las actitudes toscas y duras.

“Indio patirrajao”. Expresión que, si bien hace referencia a los indígenas que caminan descalzos, se usa para denotar que el otro se encuentra rezagado del progreso. La frase lleva implícito que el sujeto deseable debe vestir o calzar bajo unos parámetros impuestos por la Colonia y que hoy siguen presentes en los ideales de vestido y calzado impuestos por la industria mediante la publicidad.

“Mucho montañero”, “Campeche” o “provinciano”. Debido a que el lugar de la modernidad es la ciudad y la dinámica urbana, lo rural, sus prácticas y costumbres son vistos como algo anacrónico, atrasado, que debe modernizarse o superarse. En este caso, estas palabras señalan que la persona es atrasada del progreso, pues viene de lo rural.

Otra manifestación de la colonialidad del ser se hace manifiesta en frases que subalternizan el sujeto colonizado y lo colocan en posición de dependencia del colonizador. En este caso, la siguiente expresión, de uso común por los estudiantes, sirve para justificar mediante expresiones colusivas los comportamientos erróneos de la sociedad, normalizando dichos errores. Esta justificación coloniza al ser porque lo coloca en un

espacio de confort restándole toda posibilidad de transformar y construir realidad (Zemelman, 2011).

“Así somos”. Esta frase es un buen ejemplo de lo anterior y va en la misma línea de esta: “al fin de cuentas somos subdesarrollados”, pues contiene implícitamente el mismo significado. Estas expresiones configuran a un sujeto inmóvil, que explica las cosas por su ser colonial, pero que no manifiesta deseo de cambio. Un sujeto que se limita a repetir las designaciones dadas por los “desarrollados”, sin cuestionar lo que implica aceptar estas jerarquías.

La colonialidad del ser expresa un deseo de belleza que ha de cumplir con los parámetros instituidos por la cultura anglosajona. Los parámetros usualmente son visuales y se manifiestan mediante las estéticas de la moda y los estereotipos publicitarios y masmediáticos. La siguiente expresión es usada por los estudiantes para designar una altura deseable, a pesar de que como colombianos la tendencia es a una talla mediana.

“Gordo”, “gorda”, “chiquito”, “chichón de piso”. Es notorio que algunas de estas palabras no sólo tienen la intención de señalar literalmente la cualidad física, sino que además, cuando buscan herir al otro, lo hacen siempre desde la perspectiva estética del canon occidental, que ha llevado erróneamente a impulsar fenómenos como la anorexia. Presentan un ideal corporal, manifiesto claramente en la publicidad contemporánea, que pone como referentes figuras por lo general blancas, altas y con músculos definidos.

Otras frases son pronunciadas con la intención de provocar risa, pero a costa del pasado o de las tendencias segregacionistas que imperan en sociedades regionalistas como la nuestra. Por ejemplo, los chistes basados en comparaciones como estas:

“Un blanco con bata es un médico, un negro con bata es un vendedor de helados”, “La gente es como los dientes: entre más blanca mejor” o “Los hombres en la cantina, las mujeres en la cocina”, frases que no tan inocentemente son proferidas con el fin de justificar la condición de inferioridad y el cinismo respecto a las conductas jerarquizadas, al trabajar elípticamente sobre el subconsciente del receptor de la frase, además de anunciar la función social correspondiente que designa al “otro”.

4.2. Frases que manifiestan la colonialidad del saber, es decir, que encubren ciertas formas de producir el conocimiento y deslegitiman otras

La colonialidad del saber actúa de manera encubierta porque impone supuestos epistemológicos que son tomados axiomáticamente. Los estudiantes señalaron las siguientes frases, donde se aborda de manera implícita que el adulto es el productor y depositario del conocimiento, restándole toda posibilidad de construcción a los niños y a los jóvenes, quienes se limitan a recibir, almacenar y reproducir el conocimiento de los mayores (Freire, 1997).

“¿Le va a enseñar a su papá a hacer hijos?”. Por supuesto, el término papá se emplea en sentido figurado en casi todas las ocasiones, pero proviene seguramente de su uso literal continuo en el pasado; se refiere al adultocentrismo, que desconoce al niño como constructor de conocimientos.

“Madure”. Kant y Hegel hacían referencia a que el pueblo europeo había alcanzado la madurez, lo que implicaba que los otros pueblos estaban en la infancia, en camino de crecer; en esa línea, los jóvenes consultados usan esta expresión para indicar inferioridad relacionada con la idea de que las cosas infantiles son fútiles; en muchas ocasiones la frase es empleada como forma de burla frente a los sentimientos y manifestaciones de tristeza; en otras ocasiones, revela en el otro falta de criterio para tomar decisiones importantes.

Siguiendo en la línea de la colonialidad del saber, las siguientes frases connotan una colocación epistémica que justifica la lógica capitalista; por un lado, el conocimiento lleva a la explotación y conservación de riquezas (Cuesta, 2010), en este caso el oro, ridiculizando cualquier otra relación de conocimiento que no priorice esta lógica de producción y acumulación. Por otro lado, coloca a la ciudad como centro de conocimiento manifiesto en la producción industrial y se burla del saber del campesino y la lógica de producción rural.

“Lo bajaron del monte con espejo”. Frase que sigue el supuesto de que los indígenas eran tan ingenuos que cambiaron el oro por espejos. Otra interpretación se puede ver en Fuentes (1998), quien plantea que para los pueblos originarios del continente americano el espejo tenía una carga

simbólica más relevante que el oro —importancia simbólica que le da Occidente al oro, pues es un metal más bien poco útil y su relevancia radica en la escasez (Abad, 2013).

“Eso es duro pa’l campesino” —para el campesino—. Infortunadamente, los campesinos colombianos no sólo se sacrifican permanentemente realizando los trabajos más duros y peor pagos en un país latifundista como el nuestro, sino que permanentemente son vistos como atrasados. La frase tendenciosamente olvida ese sacrificio, e instala una percepción de inutilidad. Se tiende a olvidar que la condición de pobreza en que vive el campesino colombiano es ocasionada no solo por la falta de oportunidades económicas que hay en los campos, sino porque su trabajo y su desconocimiento del ordenamiento de la cultura letrada lo mantienen en una condición rezagada respecto a los progresos tecnológicos de los que se vanaglorian las otras clases sociales. El campesino es visto como alguien incapaz, retrasado en el camino del progreso, que debe llegar al ideal urbano propio de la modernidad, desconociendo así sus conocimientos sobre la naturaleza y sus formas de organización social que podrían ser alternativa a la crisis contemporánea configurada por el individualismo avaro, como son sus dinámicas comunitarias basadas en la amistad y el compadrazgo.

La colonialidad del saber, imbricada con la colonialidad del ser, deposita la producción del conocimiento en el hombre. La siguiente frase es empleada por los jóvenes para ridiculizar a las mujeres, evidenciando un supuesto naturalizado sobre sus capacidades intelectuales. En los grupos focales se pudo observar que no hay una conciencia clara sobre las implicaciones de este prejuicio, máxime cuando las mujeres tienden a sobresalir, por ejemplo, en lo académico, respecto a los hombres (Gil Calvo, 1997).

“Las mujeres tienen cuatro neuronas, una para cada fogón”. Chiste machista clásico que ejemplifica el patriarcalismo y sigue el supuesto de que la mujer tiene menos competencias intelectuales que el hombre, y, como en otros casos, manifiesta incapacidad para pensar y tomar decisiones por sí misma, a la vez que fortalece la idea de un lugar específico en el ordenamiento social y unas funciones domésticas claramente determinadas.

4.3. Construcciones que presentan significados que incorporan la colonialidad del poder, como los discursos que jerarquizan o que inmovilizan al sujeto (le restan su potencia)

La colonialidad del poder, como se ha dicho anteriormente, está entrecruzada por otras colonialidades; de allí que sea difícil realizar discriminaciones taxativas, pues la frontera es difusa. En la siguiente frase se observa este cruce entre la colonialidad del poder y la del ser, en el cual se coloca la jerarquía racial como principio jerárquico socioeconómico (Quijano, 2000). En efecto, se establece que el sistema capitalista usufructuó esta supuesta inferioridad de las razas no blancas para lograr la acumulación que permitió el desarrollo y la riqueza de los países abanderados del capitalismo. Fanon (1963) lo resume de manera gráfica: los palacios de los países ricos están contruidos con la espalda ensangrentada de los esclavos. Sin esta jerarquización el capitalismo moderno no hubiera sido posible, pues garantizó trabajo sin remuneración y hoy mal remunerado.

“Trabajar como pobre para vivir como rico”. Un caso ya estudiado de la frase “Trabajar como negro para vivir como blanco” que en esta acepción, en cambio, manifiesta cierta conciencia sobre la situación de exclusión en que se vive, pero actúa de modo que pretende legitimar la explotación capitalista. Hace referencia a la dinámica injusta sin la cual no sería posible la acumulación del capital (Wallerstein, 2006).

Las dos siguientes frases son expresiones empleadas por los jóvenes en situaciones en las que el prestigio masculino puede verse en entre dicho; su uso implica determinar qué actividades corresponden al hombre y cuáles a la mujer. En el primer caso se connota la potencia física, y en el segundo la frivolidad de la acción. Esto responde a que las relaciones sociales del mundo occidental capitalista han configurado roles que naturalizan el desempeño esperado para cada género, dotando al hombre de poder.

“Eso es pa’ machos”. Como se ha señalado anteriormente, el occidental es un sistema mundo patriarcal; esta frase manifiesta arbitrariamente la valentía del hombre y su preeminencia, a veces, en el trabajo físico (Grosfoguel, 2008).

“Eso es cosa de mujeres”. Reduce la importancia de los temas femeninos y se justifica por la agenda de medios que predomina en el mundo occidental

y que concentra los supuestos intereses de las mujeres en aspectos muchas veces irrelevantes, frívolos, que no ameritan mayor ponderación, como cuando se asocian a la farándula. Muestra que el hombre tiene un lugar de poder superior, al que la mujer está subordinada. En esta línea, se puede decir que el mayor grado de exclusión puede ser una mujer, negra, pobre, analfabeta y musulmana, pues el poder occidental se puede graficar como hombre, blanco, rico, letrado y cristiano.

Otro rasgo de la colonialidad del poder es que esta no sólo se evidencia en las instituciones estatales, sino que se incorpora a microestructuras sociales, como es el caso de la familia, donde existe una estructura vertical que silencia las posibilidades de discurso del otro. En este caso la implicación no es tanto de género como de nivel en la jerarquía.

“A mí no me conteste”. Es una frase pronunciada por padres de familia y profesores. Hace referencia a que los hijos y estudiantes están subordinados a un lugar de silencio. Villa (2012) habla de la posibilidad de preguntar, de decir no y expresar otra cosa como esencia de una construcción más dialógica y democrática; aspectos que se niegan con esta y otras frases similares.

Las siguientes cinco frases evidencian el modo como la colonialidad del poder inculca en los sujetos una lógica de sumisión al orden establecido y en consecuencia le resta su potencialidad como constructor de realidades.² La manifestación de esta colonialidad del poder es la que está más encubierta y al mismo tiempo es la más recurrente. En ese sentido, exige un mayor reto para lograr una desparametrización que permita reactivar el potencial del sujeto como protagonista de su historia. El éxito del poder reside en hacer creer que las cosas no pueden ser de otro modo (Zemelman, 2011).

“Dios quiera”. El sujeto no tiene injerencia en su futuro, en la construcción de su realidad, sino que está sujeto a poderes, en este caso, el religioso.

“Al que madruga, Dios le ayuda”. Expresa el disciplinamiento necesario, inculcado y reproducido por el capitalismo, según el cual ser dedicado al trabajo —como lo es empezar a trabajar desde las primeras

² Cabe aquí citar a Galeano (2011), quien escribió: “Maldita sea la exitosa dictadura del miedo que nos obliga a creer que la realidad es intocable y que la solidaridad es una enfermedad mortal porque el prójimo siempre es una amenaza y nunca una promesa”.

horas del día— es premiado socialmente y, si se quiere, espiritualmente, mas no siempre salarialmente.

“Deje así”. Famosa por ser parte del repertorio de un humorista colombiano, se pronuncia cuando se intenta hacer algo y no se logra, o cuando hacerlo implica dificultad. Es una expresión clara de la inmovilidad del sujeto, de la aceptación de sujeción a la estructura, al orden establecido. En ese orden, se trata de asumir la dinámica del poder de manera dócil, configurando seres sumisos y obedientes, necesarios en la lógica del sistema mundo moderno.

“Es mejor pájaro en mano que cien volando”. Es una frase que invita a ser resignados, a mantenerse en lugares de confort y evitar la incomodidad propia de un sujeto que se mueve. Es muy similar a la frase “Es mejor malo conocido que bueno por conocer”. Ambas son frases que invitan, soterradamente, a la docilidad. Se puede interpretar como la posición del esclavo que ve abierta la puerta y no es capaz de escapar; recuerda la situación que invade al sujeto que prefiere quedarse a escapar del sometimiento a los “dioses” o “líderes políticos”, aun los más cuestionados, por “miedo a la libertad” (Fromm, 2005). Por tanto, habla de quienes prefieren seguir recibiendo el alimento del buen amo. Estas frases, siguiendo a Madero (2009: 110), interpretan la realidad y luego la congelan “en habitus que se convierten en lastres para la emancipación”.

“Así son las cosas”. Hace referencia a que el sujeto está sumisamente sujetado a la estructura, negando su potencia, su posibilidad de transformar y construir. Esta naturalización de la impotencia es el gran logro del poder hegemónico, pues garantiza la reproducción de las dinámicas sociales tal y como están (Zemelman, 2011). Esta frase resulta el argumento más demoledor en las conversaciones cotidianas en las que prima el sentido común, e invita al sujeto a obviar su responsabilidad política, falseando la realidad y limitando cualquier posibilidad de empoderamiento (Freire, 1997).

Finalmente, se presenta una frase que explicita que la colonialidad del poder tiende a inferiorizar a la mujer. Aunque la siguiente frase parece reivindicar el lugar de esta en la estructura familiar, la verdad de fondo que oculta es la naturalización de que el hombre puede usufructuarla y cosificarla como objeto sexual sin asumir las consecuencias de la procreación.

“Mamá solo hay una, papá cualquiera”. Frase que se hizo famosa entre el público seguidor del cine colombiano tras la aparición de la película *La vendedora de rosas*; la frase tiene que ver con la violación de indias y mujeres esclavas negras, quienes criaban a sus hijos sin rol de padre, pues en la mayoría de casos no eran reconocidos por los progenitores. Los jóvenes entrevistados manifestaron que no es una frase de uso cotidiano pero la identificaron en los discursos que hacen las mamás para reafirmar su rol; sin embargo, ellos no tuvieron elementos para determinar la connotación patriarcal de fondo que hay en la expresión.

5. Conclusiones

El ejercicio con los estudiantes permitió determinar que muchas de las frases pronunciadas por ellos tienen por objeto inferiorizar al otro en contextos cotidianos, mas desconocen el origen y las implicaciones de exclusión que las frases tienen. Esto les impide hacer conciencia de las connotaciones de las expresiones y de cómo estas refuerzan una estructura sociocultural que alimenta la discriminación e impide la construcción de una sociedad que cohabite desde la diferencia. Es decir, existen construcciones discursivas que incorporan en los sujetos parámetros de significados heredados de la modernidad que terminan excluyendo a sectores de la humanidad y minimizando el potencial del sujeto.

El análisis de las frases desde la colonialidad del saber permite identificar que existe un régimen sobre el conocimiento que determina cuáles saberes son válidos o inválidos. Dicho régimen se basa en el desconocimiento, el encubrimiento o la eliminación de otras formas de producir y socializar el conocimiento. Los estudiantes que participaron en la investigación tienen esos parámetros en sus discursos y, al pronunciar las frases, alimentan la naturalización de esa lógica de clasificación que desdeña los saberes y las formas de ser y de vivir que tienen los otros sujetos que no cumplen con el criterio hegemónico.

Desde la colonialidad del poder, el análisis de las frases encontró de manera preponderante que la mayoría de ellas invitan al sujeto a la inmovilidad. En otras palabras, las frases alimentan la configuración de un

sujeto sumiso y apático a su papel de constructor de realidades, y por el contrario son un llamado a la aceptación dócil de una realidad impuesta, del orden establecido. Este artículo se une a los autores que convocan al sujeto erguido, en movimiento, inconforme con el orden de las cosas y que es consciente de sus límites y posibilidades en la construcción de la historia, que se sabe protagonista de su destino (Zemelman, 1998 y 2011). En esa dirección, es importante desnaturalizar esas frases que invitan a aceptar las cosas tal y como son y que le restan potencial al sujeto.

Desde la colonialidad del ser, el análisis logró establecer que hay frases que excluyen, entre otras cosas, por condición de raza, sexo y edad. Estas exclusiones buscan inferiorizar al otro y, en muchos casos, deshumanizarlo (como las frases que le dicen “mucho burro” al niño que no entendió). Estas frases expresan explícitamente un rechazo al otro que es diferente al ideal impuesto en la colonialidad del poder. Asimismo, en sus significados latentes (implícitos) estipulan cuál es el ser deseado (blanco, anglosajón, hombre, capitalista, letrado, atlético, adulto, etc.).

Las construcciones discursivas que expresan esta colonialidad del ser influyen en el sujeto que las recibe y en el sujeto que las pronuncia: el primero incorpora su diferencia como problema que, en algunos casos, potencia su orgullo y alimenta la lucha por la dignidad, como cuando el joven rechaza el discurso del adulto y se superpone a él en procura de convertirse en un par. En otros, refuerza la autoexclusión y la autoconmiseración (la niña con unos kilos de más que se aísla y se castiga cuando se ve al espejo) o también la negación, como los estudiantes que niegan sus orígenes sociales (estrato) y culturales (por ejemplo, lo rural). El que pronuncia las frases empieza a configurar su subjetividad desde los ideales que estas exponen y, consecuentemente, clasifica a los otros sujetos según esa lógica, por lo que termina estableciendo relaciones intersubjetivas alineadas por esos parámetros.

Las tres categorías coloniales aquí referidas generan una aceptación nefasta del orden establecido. La admisión de estos regímenes de verdad, que permiten la configuración hegemónica, es perjudicial para la construcción de emergencias alternativas, pues enceguecen y hacen ver más grandes los impedimentos, aparte de que construyen barreras o las

mantienen vigentes produciendo estigmatizaciones y odios que, en tanto refuerzan las dinámicas culturales, impiden la construcción de nuevos órdenes y la configuración de posibilidades de trabajo en conjunto por un país justo, respetuoso y equitativo. En palabras de Silva Santos (2008: 13), el “paradigma de las adversidades impuesto por el dominador crea un imaginario que visibiliza obstáculos y oculta posibilidades”.

Las frases aquí referidas no son las únicas empleadas por los jóvenes; su discurso cotidiano es generalmente más agresivo y está cargado de referencias de género que van más allá del maltrato a la mujer y a lo femenino, tanto que hoy día ponen sus ojos con cierta virulencia, a veces matizada de indulgencia, en los transgénero, debido al “destape” que en los últimos años ha permitido incluirles lentamente en las dinámicas democráticas, no sin que se manifiesten profundas reticencias y odios.

Se observa además la necesidad de revisar y renegociar “el sentido común” expuesto en el lenguaje cotidiano, pues, como se puede apreciar, impone parámetros y configura realidades dadas, naturalizadas, que aceptan y reproducen el régimen de verdad (como si las cosas, y especialmente el sistema político económico, no pudieran ser de otra forma), encubriendo que el mundo es construido por sujetos y, como tal, por los mismos sujetos puede ser transformado (Meier, 2006).

La situación se vuelve desconsoladora, sobre todo cuando las frases empleadas traducen esa conciencia de clase, que es conciencia del destino, aceptado de manera irremisible, lo que eventualmente ha desencadenado fenómenos autocráticos y conflictos armados, como lo explicó en su momento Erich Fromm en *El miedo a la libertad* (2005), y que también pueden significar la aceptación acrítica de las imposiciones políticas de turno, en forma de “espirales de silencio” (Noëlle-Neumann, 1995).

Lo anterior deriva en nuestra propuesta de desaprender regímenes de representación, entendidos como lugares de encuentro de los lenguajes que definen las identidades, en procura de resolver los antagonismos (Rojas, 2001). Dicho desaprendizaje es una invitación a reflexionar y romper ciertas moralidades lingüísticas, de tal manera que los sujetos de la comunidad de sentido puedan renegociar nuevos significados, evitando la reproducción natural de los aquí expuestos. Esto implica reconocer la posibilidad de

renombrar el mundo, de re-significar la realidad, pues “pensar de modo diferente requiere hablar de modo diferente” (Madero, 2009: 110).

Por otro lado, hay un conjunto de palabras de los idiomas originarios del continente que fueron apropiadas y re-significadas de manera leonina: cabe citar el ejemplo de “guache” y “guaricha”, términos muisca que designan hombre y mujer joven, respectivamente —incluso Castelblanco (2008) habla de guerrero y princesa como el origen de estas palabras—. Estos vocablos se usan hoy para designar hombre brusco, tosco, y mujer brusca o, incluso, promiscua. Recuperar el significado original de estas palabras es un llamado necesario para alimentar la configuración de propuestas que procuren de-colonizar el lenguaje.

Igualmente, se presenta la imposición de palabras españolas sobre otras indígenas: es el caso del ajiaco, palabra muisca que habla de la sopa hecha con productos de la tierra, y el sancocho, “el santo cocho”, el marrano o cerdo que es base gastronómica en la comida española, palabras que por su importancia han diluido sus connotaciones peyorativas en el habla cotidiana.

Esa violencia simbólica se extiende a las montañas tutelares de Bogotá, que en el pasado ancestral eran diosas muisca sometidas hoy al olvido, debido a que en sus cumbres se impusieron iglesias católicas que las renombraron como Monserrate y Guadalupe. Estos casos evidencian la necesidad de hacer investigaciones que permitan conocer el origen de vocablos y frases del lenguaje cotidiano y los giros semánticos ocasionados por las dinámicas coloniales. Indagaciones que deben invitarnos, de alguna u otra forma, a de-colonizar nuestro lenguaje y permitir la negociación de significados que construyan realidades más justas e incluyentes desde el habla.

6. Referencias bibliográficas

- Abad, H. (2013). La moneda del billón. En *El Espectador* del 21 de enero. En línea: <http://www.elespectador.com/opinion/columna-396281-moneda-del-billon>. Consultado el 25 de enero de 2013.
- Castelblanco, D. (2008). Suplantación e inversión de valores: El vergonzoso caso del guache y la guaricha. En línea: <http://danielcastelblanco.blogspot>.

- com/2008/10/suplantacin-e-inversin-de-valores-el.html. Consultado el 15 de enero 2013.
- Cuesta, O. (2010). Nociones para revisar los principios epistémicos de la investigación: una mirada descolonizadora. *Revista Nodo*, 9 (5), pp. 79-92.
- Dussel, E. (1992). 1492: *El encubrimiento del otro. El origen del mito de la modernidad. Conferencias de Frankfurt*. La Paz: Plural Editores. UMSA.
- Fanon, F. (1963). *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía*. México: Siglo XXI Editores.
- Fromm, E. (2005). *El miedo a la libertad*. Buenos Aires: Paidós.
- Fuentes, C. (1998). *El espejo enterrado*. México: Taurus.
- Fukuyama, F. (1994). *El fin de la historia y el último hombre*. Madrid: Planeta.
- Galeano, E. (2011). Maldita sea la exitosa dictadura del miedo. En ceremonia de entrega de la medalla 1808 por parte del Gobierno de la ciudad de México. En línea: <http://alainet.org/active/44922&lang=es>. Consultado el 20 de enero 2013.
- Gil Calvo, E. (1997). *El nuevo sexo débil*. España: Temas de Hoy.
- Grosfoguel, R. (2008) Hacia un pluri-versalismo transmoderno decolonial. *Tabula Rasa* N° 9, pp. 199-215. En línea: http://www.revistatabularasa.org/numero_nueve/10grosfoguel.pdf. Consultado el 14 de enero 2013.
- Hegel, G.W.F. (1989). *Filosofía de la historia universal*. Madrid: Alianza.
- Heller, A. (1985). *Historia y vida cotidiana*. México: Grijalbo.
- Lander, E. (2000). Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. En: Lander, Edgardo (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamérica*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Liotard, Jean-François. (1987). *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Madero, I. (2009). *El gobierno de las palabras. Política para un tiempo de confusión*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Maldonado-Torres, N. (2007). Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto. En: Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. (eds.). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Iesco-Pensar-Siglo del Hombre Editores.
- Meier, C. (2006). *La educación a la luz de la pedagogía de Jesús de Nazaret*. Bogotá: Paulinas.
- Noëlle-Neumann, E. (1995). *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*. Barcelona: Paidós.
- Quijano, Aníbal (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina, en: Lander, E. (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamérica*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

- Restrepo, E., Rojas, A. (2010). *Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Popayán: Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar. Maestría en Estudios Culturales, Universidad Javeriana. Editorial Universidad del Cauca.
- Rojas, C. (2001). *Civilización y violencia. La búsqueda de identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá: Norma.
- Silva Santos, J. (2008). Desobediencia epistémica desde Abya Yala. En línea: http://www.apse.or.cr/webapse/p_edago/enint/souza03.pdf. Consultado el 30 de septiembre de 2013.
- Villa, W. (2012). Comunicación personal.
- Wallerstein, I. (2006). *La decadencia del poder estadounidense*. Bogotá: Le Monde Diplomatique Edición Colombia.
- Zemelman, H. (1998). *Sujeto: existencia y potencia*. México: Anthropos, Crim, UNAM.
- Zemelman, H. (2011). *Los horizontes de la razón III*. Barcelona: Anthropos. Universidad de Manizales.